

## EL DOMINICANO Y EL LENGUAJE

*Fernando Sainz*

Sé que cuando hago *El dominicano y...* suelen darse por aludidos algunos especialistas de los temas colocados tras la conjunción pensando que voy a pisar su terreno. Después de la lectura del artículo unos reconocen que no se trata de eso, y guardan el sable en la funda. Otros se incomodan. Quedan tranquilos los que comprenden que al hacer mis observaciones yo no trato de analizar lo que hay detrás de la y, sino lo que hay delante; y que el segundo término es el pretexto para ocuparme del primero.

Lo han comprendido así los filósofos, los artistas, los médicos y los farmacéuticos. Ahora estoy seguro de que a los filólogos, a los literatos, a los poetas, no se les ocurrirá pensar que tenga la osadía de invadir sus campos. De todos modos, lo curioso es que mi miedo al comenzar estos artículos, no estaba en los profesionales de las sabidurías aludidas sino en el dominicano; y éste es quien se ha mostrado más conforme. Me congratulo siendo él para quien escribo.

\* \* \*

Yo pruebo a hacer psicología del pueblo, en términos populares; y dado ese propósito, no podía faltar, en estos brevísimos rasgos del dominicano, una referencia al lenguaje, máxime cuando Goldstein está en lo cierto al afirmar que desde que el hombre se sirve del idioma para establecer una relación viviente consigo mismo y sus semejantes deja de ser un instrumento para convertirse en una revelación de su ser íntimo. Considero esto tan verdad que yo extendería la afirmación de Goldstein hasta el caso en que el lenguaje fuese, como se ha dicho medio en broma, medio en serio, un modo de ocultar nuestros pensamientos e intenciones porque, aún entonces, con el lenguaje revelaría el hombre una nota esencial de su ser: la hipocresía.

Pero acerca del lenguaje habrá que hacer una distinción entre los sistemas de signos arbitrarios, significantes de situaciones objetivas y las

*(Artículo aparecido en tres entregas en el diario "La Nación", en enero de 1945).*

expresiones de nuestro propio ser. Un matemático o un químico que escriben en el pizarrón las relaciones entre los números o las estructuras moleculares, expresan; mientras que el conversador, el orador, el escritor, el poeta, se expresan.

Sin necesidad de recurrir a casos tan patentemente distintos, notemos que una misma frase puede tener valores muy diferentes. Una cosa es decir *son las tres y media* expresando objetivamente la posición de las agujas del reloj o la del sol, y otra es decir esas mismas palabras vibrando de impaciencia, de deseo, de contrariedad o de angustia. Lo primero es el tiempo físico; lo segundo el transcurrir psíquico. Las primeras son las horas cósmicas; las segundas, nuestras horas.

Nuestro objeto ahora no es el lenguaje descriptivo de los hechos o las cosas que ocurren o están fuera del sujeto; sino el lenguaje revelador de situaciones subjetivas y de las interpretaciones personales de la realidad. Lo que nos importa en este momento es el lenguaje como una característica psicológica de quien lo emplea.

Cuando un pueblo usa con preferencia unas palabras o frases, en lugar de otras equivalentes, dentro del propio idioma, hay razones lingüísticas e históricas que lo explican, pero también hay motivos psicológicos. Los filólogos están haciendo preciosos estudios sobre la evolución del lenguaje; y demuestran que éste se crea y se recrea constantemente, que es algo vivo; lo cual es un testimonio valioso de que el lenguaje no es hecho por los gramáticos ni los eruditos de la lengua sino por los pueblos, como una necesidad de su vida, y de acuerdo con las modalidades inherentes a su manera de pensar, de sentir, de querer: es decir, con su estilo.

Y eso no tocando el intrincado y sugestivo problema de la prioridad de la palabra sobre la idea o de ésta sobre aquélla, por rebasar el marco de un trabajo periodístico. Si pudiéramos hacerlo llegaríamos a la conclusión de que lenguaje y espíritu son la misma cosa; y siendo así, el lenguaje es una cantera inagotable para estudiar a las gentes.

La originalidad dominicana en cuanto al lenguaje está, a mi entender, en tres rasgos: la expresión poética; la mímica y onomatopéyica, y los modismos.

Sobre cada uno pienso hacer un artículo; y, como después de acabar con el lenguaje me quedan otros temas, es posible que esta serie sobre el dominicano resulte demasiado larga. Pero el periódico y los lectores tienen en su mano el acortarla; el primero, no publicándola; y los segundos no leyéndolas. Todo menos enfadarse.

\* \* \*

Distingo en el lenguaje poético tres manifestaciones: la expresión bella, los versos, y la poesía.

En todo intento de expresión oral o escrita hay una inquietud por la forma. Tan pronto como se habla o escribe, no siendo en la intimidad, se busca la forma de un decir bello; o por lo menos *bonito*. La preocupación estética acompaña al lenguaje, incluso en el hombre rural que emplea palabras cuyo significado desconoce precisamente porque al desconocerlas le parecen profundas, o simplemente porque le *suenan bien*.

Este rasgo estético del decir, aunque no sea el más pronunciado, ocupa bastante la atención del dominicano, sobre todo cuando escribe. Hay pueblos que prefieren la expresión oral; el orador que improvisa, el conferenciante que *habla*; y quedan defraudados cuando el que sube a la tribuna tira de un legajo voluminoso. Lo aceptan y justifican en las elevadas personalidades políticas que han de medir sus palabras y el efecto que han de causar dentro y fuera del lugar en que las pronuncian. O en los escritores conocidos y admirados, que sabrán compensar con el interés del tema y el modo de leerlo, la ocultación de su rostro tras el legajo. Si no es así, los oyentes, cansados de buscar inútilmente la cara del que lee, se dedican a calcular las hojas que han de ser pasadas.

La expresión hablada es siempre más pobre e incorrecta, salvo casos geniales como el de Castelar; pero, en cambio, es más viva, emotiva y convincente. La escrita es más artística, pese a los oradores griegos; y con frecuencia se renuncia al problemático éxito oratorio con tal de asegurar la belleza y rigor de la expresión. Pérez de Ayala, Pío Baroja, Gabriel Miró, Azorín y otros, para no citar más que escritores contemporáneos de primera categoría, *no hablaron* nunca. Otros, por él prurito de hablar, hacen milagros mnemotécnicos. Hemos oído conferencias inolvidables pronunciadas tal como fueron escritas previamente.

El dominicano prefiere la estética del escrito. En privado, habla tanto o más que el español, y es frecuente el caso del conversador excelente; pero el discurso, la conferencia, la intervención en público, ha de ser una pieza perfecta (por lo menos en su empeño), y por tanto lo tornea, la pule, y la adereza.

En cuanto a la habilidad del dominicano para la versificación y la recitación quizás no exagere al decir que es el campeón del mundo. Si tuviera yo que hacer una investigación sobre el número de dominicanos que hacen versos, creo que acabaría antes averiguando quienes no son capaces de hacerlos. Hace tres o cuatro años, cuando me dí cuenta de este hecho asombroso, se me ocurrió una encuesta entre mis alumnos. El cincuenta por ciento fué capaz de hacer una décima estimable; más del treinta hicieron un soneto. Casi todos tenían en su familia un poeta. Más

de veinte habían recitado versos al micrófono; más de cuarenta en fiestas privadas y públicas. Terminada la estadística, me pidieron un verso de circunstancia. Contesté que ni siquiera era apto para hacer un pareado. Lo atribuyeron a modestia, y se rieron con incredulidad. Tuve que hacer una confesión formal, avergonzada y azarada, de mi incompetencia. Se miraron con aire de extrañeza. Comprendí que en aquel momento había yo descendido notablemente en el concepto en que me tenían.

Pero distingamos; una cosa es hacer verso y otra hacer poesía. Si se me permite una división original yo diría que la poesía, como la Geometría, puede ser plana y del espacio; esto es, de dos o de infinitas dimensiones. El pueblo dominicano tiene un ejército de poetas de dos dimensiones, y un grupo selecto de poetas auténticos polidimensionales. Dejamos aparte la poesía folklórica, que nunca fue hecha para lucirse y que es médula popular sustanciosa y espontánea.

La poesía plana pudiera llamarse también euclidiana porque tiene la misma estructura y propiedades que la figura del famoso postulado de Euclides. En efecto, la poesía plana puede hacerse del modo siguiente: se trazan dos líneas perpendiculares a la base del papel que resultarán, por tanto, paralelas. La distancia entre ellas dependerá de que los versos hayan de ser octosílabos, endecasílabos, etc. Entonces, la columna entre las paralelas se va rellenando con estrofas que ni queden cortas ni sobresalgan. Y trazando, en fin, una secante, así como en el postulado euclidiano los ángulos alternos y los correspondientes son iguales, los versos pares o nones, o los que corresponda, deberán sonar igual.

En los malos versos geométricos la lectura o la recitación son pendulares; se va de la izquierda a la derecha (cuando no sea china) con ritmo acompasado. La inspiración (quiero decir la entrada del aire en los pulmones) y la expiración son sincrónicas.

Algunos malos poetas han renunciado a la poesía euclidiana para imitar las nuevas formas, combinando a su antojo versos monosílabos con miriasílabos, creyendo que de ese modo van a ser mejores. No se dan cuenta de que en esto, como en todo, lo peor es dejar de hacer lo antiguo sin saber hacer lo nuevo, puesto que, en tal caso, se deja de hacer lo uno y lo otro.

Los mejores poetas dominicanos contemporáneos, entre los cuales los hay excelentes, se han independizado de la preceptiva y de la métrica, para hacer lo que he llamado poesía del espacio, inmensurable.

No me atrevo a apreciar con acierto la calidad poética del nuevo estilo pero sí a explicarme, no a explicar, su raíz psicológica.

La vibración espiritual es el contrapolo de lo uniforme; y el contenido de la conciencia es de un dinamismo tal que bien pudiera compararse a una metamorfosis sin cortaduras. Un espíritu genuinamente poético ha de evadirse del molde en que lo aprisione cualquier género de estructuras. Emprende la evasión del mundo físico con ánimo de no volver; o viene de una lejanía infinita a posarse unos momentos en las arrugas de la tierra. En esos caminos abiertos, sin trazas ni trabas, el poeta puede burlar la filosofía del Heidegger, que asegura que la vida es un chocar con las cosas y ocuparse en ellas. El poeta lanza su alma al espacio o reduce el mundo a su alma; y allí encuentra lo que ama o lo que odia, y lo goza o lo niega. La poesía es el arte de crear o negar realidades.

Si el espíritu, en esa original tarea, sin ritmo ni norma, siente el vértigo de la creación o de la emoción con alternativas de impulso y desfallecimiento, de anhelo y depresión, de éxtasis y de fuga, ¿qué de extraño tiene que el poeta, tras un verso que pudiera tener, en sílabas, la infinita dimensión de una esperanza, de un dolor o de un imposible, escriba otro tan breve como un encuentro, una caída, un sobresalto o un suspiro?

\* \* \*

Los únicos modos de libertarse de todo límite son la filosofía, la creencia, y el arte, sobre todo el poético. Son las válvulas por las que puede escapar un espíritu que busca lo absoluto con rebeldía a la norma.

El dominicano, tan metafísico, tan imaginativo, como ya dijimos, ha de encontrar en la poesía la revelación de su íntimo ser. Esto en cuanto a los auténticos poetas; los otros, los sólo versificadores no populares padecen un morbo. Para ellos, mi leal consejo es que escriban menos versos y lean más prosa.

El dominicano no comprende que las cosas se hagan o se sufran sin que las haga o sufra alguien. Es refractario a lo impersonal y anónimo, y, en ello, le asiste una razón aplastante. No es posible pensar, sentir, ni querer sin alguien que piense, sienta y quiera como sujeto, agente o paciente. En la conjugación castellana, las desinencias implican el correspondiente pronombre, pero el dominicano no se conforma con ese modo indirecto de señalar el sujeto, necesita decir ¿qué tú quieres? ¿qué ellos dicen? Y como a todo trance hay que indicar el sujeto, si no es persona será cosa, (ello no hay).

El francés, teniendo también desinencias para las personas, tampoco omite los pronombres al conjugar; pero si se tratara, por tanto, de una influencia francesa no se comprendería por qué el dominicano hace lo contrario que el francés en el uso de los tiempos; pone el pasado en de-

finido (¿quién vino?), ¿qué hubo?), siendo así que, en el lenguaje corriente, el francés emplea siempre el imperfecto o el indefinido.

Si no se tratara más que de expresar el sujeto de la oración, el hecho no sería bastante para calificar de personalista la modalidad idiomática del dominicano. Hay síntomas mucho más característicos, puesto que entrañan formas notables de producirse el correspondiente fenómeno psicológico. Tomemos como tipo el fenómeno del recuerdo. Si en verdad hay un mundo externo y ajeno al sujeto pensante que penetra en nuestra conciencia, como afirma el realismo, el recordar consistirá en no perder el contacto con los objetos reales a través de su imagen. Tal fenómeno implica un dualismo; lo recordado y el recordar; como habrá el pensar y lo pensado, el deseo y lo deseado. . . Pero el dominicano, por el sustancial personalismo de que hablamos, identifica el objeto recordado y el sujeto recordante; como hace el idealismo con el pensamiento y la totalidad de los objetos. De ahí que en lugar de decir no recuerdo o no lo recuerdo, diga no *me* recuerdo. El *lo* es realismo; el *me* es idealismo. Este modismo significa, pues, que el objeto y el sujeto son uno mismo, pues que la frase *no me recuerdo* es literalmente igual a decir: en este momento no recuerdo quién soy, y por eso no recuerdo la cosa.

Algo análogo sucede con los verbos que denotan movimiento, como el verbo caminar. Si el sujeto desiste de seguir caminando en la dirección que llevaba se devuelve. Un realista devuelve lo que no era suyo, o la comida que por algún motivo no convenía que fuese suya, esto es asimilarla. Pero el dominicano no devuelve ningún cuerpo extraño, sino su propio cuerpo. No es que va a desandar el camino, sino a devolver su persona al lugar de donde había salido.

Tan personalista es la expresión dominicana que hasta la dificultad o extensión de un quehacer se convierte en carne y hueso del sujeto, puesto que el quehacer no se traduce en largura o brevedad del tiempo invertido sino en reducción o aumento de volumen del individuo. Apurarnos es achicarnos, consumirnos, como se apura un cigarro. Tardar o invertir mucho tiempo es dilatarse. *¡No se apure!*, *¡no se dilate!*, son frases relativas al tiempo, pero expresadas en talla o volumen del sujeto.

Y a propósito de las variantes que toma un idioma cuando encarna en sujetos de temperamento y psicología distintos, es notabilísima la transformación del *agur* vasco en el *abur* dominicano. No sé qué pensarán los vascos, tan celosos de su tradición y de sus intereses, del cambio sufrido en su ¡adiós!, pero estoy seguro de que no se sentirán molestos. La adulteración del vocablo está compensada sobradamente con el donaire y la melodía que pone una dominicana en su *¡abul, abul!*

\* \* \*

Tanto como el dominicano cuida del sujeto descuida el atributo. De los tres elementos constitutivos del juicio, la lógica acepta juicios con sujeto implícito, y hasta sin cópula expresa. Lo inadmisibles en lógica es el juicio sin predicado, porque la esencia del juicio es la enunciación. Mas, para el dominicano nada hay imposible; y, además, como buen metafísico, lo que le interesa sobre todo es el *ser*, y no el *modo de ser*. Así se comprenden las frases *¡tú si eres!*, *¡ay hombre, usted si es!* No les preocupa la inquietud o curiosidad que habrá de sentir la persona que sí es sin decirle el qué.

El horror a los términos medios, de que hablamos en otra ocasión, vuelve a salir en esto de los predicados; y el dominicano, o deja de decir lo que el sujeto es o le aplica un enorme atributo. De modo que usted es nada o es un *fenómeno, una potencia o una tremendencia*.

El espíritu alógico del dominicano, como buen artista, no se aviene con los universales principios lógicos. Había yo conocido muchas gentes que desmentían el principio de *identidad*, puesto que cada vez son de una manera. Conozco a muchos a quienes no les basta el *tercero excluido* porque excluyen, no sólo al tercero, sino a todos los que le estorban. Innumerables personas se desentienden del *de razón suficiente*, no tomándose la molestia de encontrarla, o conformándose con la insuficiente. Lo que hasta ahora desconocía yo es la crisis del incommovible principio de *contradicción*. Que se pudiera ser y no ser al mismo tiempo era ya demasiada posibilidad. Sin embargo, ¿no es eso lo que afirma el dominicano al decir *eso sí no*.

Y es que lo importante no es el razonamiento sino la intuición. Einstein hizo un tremendo y genial proceso discursivo para llegar a sus conclusiones en la famosa teoría del movimiento y del reposo. Se acabó la estática. Nada hay quieto. Todo y todos estamos en movimiento continuo y relativo. Pero lo sorprendente es que esto lo supiera el dominicano, por intuición, mucho antes de que Einstein lo descubriera. Prueba de ello es que a alguien que esté en su asiento muy quieto se le puede ordenar: *¡párese!* Lo que no intuyó el dominicano fué la imposibilidad de *pararse*, a consecuencia de la misma teoría. De todas formas, por arbitrariedad que sea la orden de que nos paremos es mucho más la que damos los españoles al mandar *¡en pie!*, porque como la mayoría de los hombres tienen dos pies sería necesario que uno de ellos lo dobláramos bajo el vientre, como las zancudas.

La gran soltura con que el dominicano maneja los verbos (ya sabemos que lo de *manejar* es lo mejor de su mímica) alcanza incluso al verbo *ser*, el más intrincado de nuestra rica y profunda lengua. El verbo *ser*, por su significación, lo permanente y lo accidental, es el terror de los ex-

tranjeros que aprenden nuestro idioma. La confusión entre el *ser* y el *estar* los desespera, sobre todo a los ingleses, que por no leer más que la Biblia y a Shakespeare no comprenden que pueda darse una situación intermedia entre *el ser* y el *no ser*; es decir, el *estar*. Un británico empleará siempre al revés el ser y el estar; “será orgulloso de estar inglés”.

En cambio, el dominicano no incurre en confusiones ni vacilaciones aunque emplee el uno por el otro. Si el español dice ¡tú estás loco!, y el dominicano *tu eres loco*, no es porque lo confundan como el inglés, sino por una razón filosófica profunda: la de que españoles y dominicanos no establecen distinción entre lo permanente y lo cambiante del ser; porque el ser está en todo y porque no es posible estar sin ser. Y además, por una razón científica: en el ejemplo anterior, por la dificultad insuperable de establecer la frontera entre la cordura y la locura. *Ser loco* no ha necesitado un comienzo, y por tanto, no hay problema. Pero *estar loco* significa no haberlo sido antes o poder dejar de estarlo, y entonces ¿cómo saber con justeza y con justicia el momento en que el cuerdo *está loco* y el loco cuerdo? Y todavía quedará el problema más arduo: el de encontrar el árbitro; ya que sólo a un cuerdo le estaría permitido diagnosticar sobre la locura de los demás.

Por los mismos profundos argumentos, el dominicano no se aventura a marcar divisorias entre el empezar y el acabar. ¿Quién es capaz de saber dónde acaba lo bello y empieza lo feo? ¿cuándo empieza y cuándo declina el amor? De aquí que sea indistinto, en ese orden de cosas, el empezar y el acabar. El español pone el clímax de las cosas en el estar empezando, y el dominicano en el *estar acabando*.

Si al dominicano, por razones ópticas y científicas, le da igual el estar que el ser, pone gran cuidado en diferenciar los verbos transitivos, sobre todo, los que se refieren a la propiedad y a la economía. También en esto somos igualitos españoles y dominicanos; no nos es indiferente, por ejemplo, ganar o perder, cobrar o pagar. Pero nos diferencia un matiz. El español disimula la alegría que le causa ganar o cobrar; y la contrariedad de perder o pagar. El dominicano es mucho más sincero, y no lo disimula. Pagar de mala gana a los acreedores y cobrar con sumo gusto a los deudores son hábitos universales; pero decir que hayamos *dado* o *pagado* al médico, al sastre, al proveedor, tantas pesetas es una hipocresía. El dominicano, mucho más sincero, no dice que haya pagado, sino que el dentista, el zapatero, el vendedor, le han *cogido* tantos o cuantos pesos. En represalia, el que presta un servicio no habla de cobrar, sino de lo que *cogerá* al cliente; sin duda para estar seguro del cobro.

\* \* \*

Voy a terminar declarándome vencido en la interpretación de un grupo en la interpretación de un grupo de modismos de significado insondable. Todos los idiomas, y todos los pueblos que hablan una misma lengua, han manifestado una especial preferencia por asociar a sus expresiones nombres y costumbres de animales, así como órganos anatómicos, tomado todo ello en lenguaje figurado.

El dominicano ha dado esa preferencia al *chivo*, la *gallina*, y la *oreja*. Quise analizar los usos de tales modismos, pero. . . ¡*guay!*, eran infinitos. Me era indispensable siquiera un *chinchín* de fundamento en mis interpretaciones. Traté de encontrarlo en las Ciencias Naturales, en la Historia, en la Filosofía. He considerado al *chivo* desde antes de Cristo hasta nuestros días; es decir, desde el sacrificio en la tragedia griega hasta la tragedia de los exámenes, en donde vuelve a jugar un papel decisivo. Se me han venido a las mentes muchas explicaciones, pero ¡qué va!

Menos seguridades y muchas más suspicacias he sentido considerando el papel que juega la gallina en el lenguaje popular dominicano. Me pareció que la mitología no me pondría en la clave tanto como la observación naturalista. Antes de dar mi opinión a los lectores tendría que volver a observar atentamente el cacareo, la postura y empollado de los huevos, el desplume, y todas las intimidades del harén gallináceo. Aplazo esas observaciones para el día en que no tenga otra cosa que hacer.

Respecto de la *oreja* he aguzado el oído cada vez que la nombraban, pero no he podido atar cabos. Debe ser la cosa más esotérica y oculta.

En vista de mi fracaso final me impongo una merecida privación: no decir de los modismos dominicanos más nada, y quizás no tratar de interpretarlos más nunca.

Por notable que sea en el dominicano el dominio de la expresión poética no lo es menos su lenguaje mímico y onomatopéyico. En estas formas de expresión alcanza un grado y una forma *sui generis*.

Tan originales son la mímica y la onomatopeya dominicanas que todos los tratados que llevo leídos sobre ese género de lenguaje son desmentidos o insuficientes para explicar satisfactoriamente la mayor parte de los gestos, movimientos y actitudes de estos hermanos míos en el idioma y en tantas otras cosas.

Descartes pudo haber sido más explícito en su *Tratado de las pasiones* explicando los nexos entre los movimientos del cuerpo y los estados emocionales, pero se limitó a recomendar la conveniencia de que se hicieran esos estudios.

Bel, en su *Anatomía y Fisiología de la emoción* estableció una cadena entre la boca, la nariz, la respiración, y el corazón como asiento de las emociones. Pero ni es fácil comprender que al entristecernos se contraiga el corazón o al alegrarnos se dilate la nariz, ni que sentimientos tan antagónicos como la piedad y la cólera, el odio y el amor, la furia y la paz tengan una vecindad tan próxima como las aurículas y los ventrículos.

Mucho más artificiosa es la tesis de Duchenne según la cual para cada emoción hay un músculo encargado de expresarla. Lo probó electrizando músculos y observando el gesto emotivo que se producía en el sujeto. Encuentro en la teoría una patente contradicción. Si la electrización del órgano produce la emoción correspondiente, la contracción muscular no sería el efecto sino la causa de la emoción. Entonces sería William James quien tendría razón al afirmar que no lloramos porque estemos tristes sino que las lágrimas acarrearán la tristeza. Con todos mis respetos para el insigne filósofo no puedo compartir su doctrina, o al menos desearía que no fuera cierta. Un mundo en que primero hubiera que reír para estar contento o en que los golpes se recibieran antes de que las gentes se pusieran bravas sería un mundo de idiotas y de sorpresas insoportables.

Niego que haya asociación específica entre músculos y emociones. Cuando alguien baje los párpados y desvíe la cabeza ¿lo hará por repugnancia o por deleite?

Spencer exageró la teoría de Duchenne al asegurar que la descarga de energía nerviosa, producida por los estados anímicos, buscaba la vía más expedita. Por tanto, los órganos que primero se ponen en movimiento son los que ofrecen menor resistencia, como las orejas y el rabo en los mamíferos superiores. El juego de esos apéndices son un estupendo recurso mímico, del que el hombre ha tenido que prescindir. En compensación, los pequeños músculos frontales, los orbiculares, los faciales en general, dan al rostro humano múltiples expresiones de contento y de dolor, de sorpresas y de serenidad, de picardía y de inocencia, que tendrán que ser multiplicados por dos, si queremos obtener el número de las auténticas y de las falsas.

Líneas de menor resistencia también en la especie humana son las cuerdas vocales, los labios, los párpados y la lengua; con la que sucede algo así como a la escoba del Aprendiz de Brujo, que puesta en movimiento no hay quien la pare. Con esos apéndices vibrátiles el hombre y la mujer tienen suficiente para emitir toda clase de sonidos, dibujar gestos, y adoptar actitudes espontáneas, imitativas y pantomímicas.

Tan suficientes son que el Dr. Fischer, según nos cuenta Ribot en la *Evolución de las ideas*, logró preguntar a un indio mejicano, sólo por mímica, "si había visto pasar por allí seis carretas tiradas por bueyes y

conducidas por seis hombres de los cuales tres eran mejicanos y tres brasileños, guiados por un europeo a caballo". No dudo de que este alemán tuviera mucha más flexibilidad y gracia mímica que los androides que han adoptado en su país el paso de la oca, pero de todos modos hay que reconocer que era un *fenómeno* en habilidad gesticular.

Las interpretaciones de Darwin en la *Expresión de las emociones* están mucho más de acuerdo con la experiencia y la lógica. Si un movimiento facilita la realización de un deseo, alivia un dolor, humilla a quien desdeñamos, atrae a quien amamos, detiene a quien tememos, adquiriremos el hábito de su ejecución y lo repetiremos cada vez que nos hallemos en situaciones análogas.

De todas maneras, parece evidente que los signos orales ni fueron el primitivo lenguaje ni son indispensables para expresarse. Poner, como ejemplo, el caso de los sordomudos sería una excesiva vulgaridad. He creído conveniente buscar un caso más curioso, y lo he encontrado en el ser humano menos sordo y menos mudo: la viuda. En algunas tribus australianas, la mujer que enviuda debe permanecer sin hablar durante un año. Sólo le está permitido expresarse por gestos. Desarrolla en esa técnica tal habilidad que al recobrar la autorización fonética renuncia a su uso. Lo comprendo; una viuda puede decir por guiños y suspiros mucho más que un orador ingenuo.

Sin embargo, los movimientos expresivos son de una ambigüedad desconcertante. Si una fiera contrae el labio superior y nos enseña los colmillos haremos bien en huir; pero ese mismo rictus hecho por un delicioso labio que pone al descubierto una bella dentadura puede seducirnos. Cerrar el puño y moverlo apretadamente es un signo universal de cólera y amenaza, pero en el dominicano puede significar también que aquello estuvo *muy bueno*.

\* \* \*

Hay una mímica y una onomatopeya universales. En todas las épocas y latitudes el hombre se ha prosternado ante sus dioses; ha juntado sus manos o cruzado los brazos sobre el pecho en actitud de oración; ha implorado o adulado con parecidos gestos, sobre todo bajando la cerviz; ha sonreído para agradar y alcanzar; ha descrito ángulos con el tronco llegando hasta la fractura de la columna vertebral; ha fruncido el ceño; ha braceado; ha hecho mil contorsiones y piruetas. Ha imitado toda clase de ruidos, ha remedado el canto de todas las aves, el reptar de los ofidios, el llanto del cocodrilo; y ha ensayado el variadísimo lenguaje de los cuadrúpedos con una fidelidad muy sintomática.

Pero cada pueblo tiene particularidades y variantes que responden a su temperamento; a la energía de su voluntad; a la hondura y matiz de

sus sentimientos, y a la valoración que hace de las cosas y de las situaciones. En este sentido, el dominicano presenta, entre su rica expresión plástica, algunos gestos y movimientos notabilísimos.

En primer lugar, pudiera decirse que habla con todo el cuerpo, como el español. Pero la mímica del español, siendo tan *integral*, como la del dominicano sigue una trayectoria opuesta. El español que dialoga acaloradamente tiene a aproximarse al interlocutor; el dominicano a distanciarse. El español somete, a quien haya de oírlo, a una gimnasia fatigante. Nos coge de las solapas, nos da golpecitos más o menos suaves en el hombro, en las rodillas; hunde un dedo en nuestro vientre. Si el oyente está sentado, tiene que retrepase ante el avance del que habla; y si está de pie, tendrá que ir cediendo terreno hasta topar con una farola o un muro. Como se ve, quien juega aquí el principal papel no es el que habla sino el que escucha, si es que alguna vez es posible, entre mis compatriotas, que uno calle mientras el otro habla.

El dominicano, en cambio, siendo al hablar animadamente tan gimnasta como el español, sigue una tendencia inversa y más elegante; se separa convenientemente de sus interlocutores en busca de un escenario cada vez más amplio y libre. Si la charla se tiene en el banco de un parque, el que toma la iniciativa se levanta, toma terreno, se abotona el saco; y con las piernas, los brazos, el bastón, el sombrero, ofrece una descripción intuitiva de todo lo que pasó o le pasa a él. Lo veremos acometer, huir, disparar, montar a caballo, batear, arrojar bombas, andar de puntillas, acompañado todo ello de las correspondientes interjecciones, estampidos, rumores, lamentos, aplausos, protestas. . . Al regresar a su asiento, se levanta otro, haciendo de la charla una representación en que público y actores se van turnando.

Si la conversación es seria y reposada, el dominicano adopta una mímica prosopopéyica, y sus decisiones parecen irrevocables. Entonces extiende uno o dos dedos, a la altura del pecho, y describe una especie de voluta como si deseara que lo dicho estuviera rubricado con la categoría de un mandato o un compromiso.

Pero lo más fino y sutil de la mímica dominicana es el juego de las manos. Para pronunciar o escribir todas las palabras de nuestro idioma bastan 27 letras. Para obtener la serie ilimitada de los números bastan 10 guarismos. Para la gama infinita de los sonidos bastan 7 notas. Para obtener todos los colores basta combinar los 7 del iris. Todo eso es prodigioso, pero más lo es poder expresar, con sólo dos manos, la importancia y valor de las cosas; la duración de los fenómenos, el acontecer, el devenir, el ser y la nada; es decir todo un sistema filosófico categorial. Tomenos dos combinaciones:

Si el objeto, el suceso, la duración, el perder, el lograr, el resolver, el gozar, el sufrir, . . . son menudos, despreciables, fugaces, acabados, olvidados, conseguidos, dominados, imposibles... el dominicano da unas palmaditas con movimiento de platillos en que los metacarpos alternan en prono y supino. El número de palmaditas, su varia sonoridad, su rapidez, conjutadas con el aire del rostro, matizan la expresión como si fueran sostenidos, bemoles, calderones o pizzicatos de los estados de conciencia.

Si la situación es fluida, el suceso incierto, el valor indefinido, el transcurrir sereno, el extinguirse lento, el hacer mesurado, el esfuerzo gradual, el acontecer indiferente... serán expresados con el deslizamiento de la mano derecha sobre la izquierda, hasta quedar separadas en actitud de danza.

\* \* \*

La mímica dominicana es una de las pruebas más valiosas que podría presentar la teoría espiritualista de la identidad explicativa de la naturaleza humana. No somos más que espíritu. El cuerpo es simplemente el instrumento o vehículo por el que el alma se manifiesta. Lo que las manos toman y dejan, atraen o empujan, acarician o golpean, lo ejecutan, pero nada más. Las manos no necesitan para nada ni el libro, ni la pluma, ni el arma, ni la moneda que toman. Cumplen determinaciones del espíritu. Pero el alma ha necesitado las manos como sirvientes; y el alma dominicana más que ninguna otra. Me hago cargo de lo que sufrirá el dominicano que haya de hablar vivamente teniendo las manos ocupadas y no pudiendo levantarse de su asiento.

Es cierta la teoría de la identidad tratándose del hombre dominicano; y además sospecho que su expresividad mímica es un fenómeno de vivencias. Hay gentes que describen recordando; y otras que describen viviendo la situación. La mañana del 23 pregunté a mis alumnas si habían sentido el temblor de tierra; su respuesta fué poner en conmoción los asientos que ocupaban. Mi pregunta fué un recuerdo, y su respuesta un temblor.